PEDAGOGÍA
Y DIDÁCTICA

Aprendizaje cooperativo crítico

Mucho más que una eficaz técnica pedagógica

Anastasio Ovejero Bernal

PIRÁMIDE

Aprendizaje cooperativo crítico

Mucho más que una eficaz técnica pedagógica

ANASTASIO OVEJERO BERNAL
CATEDRÁTICO DE PSICOLOGÍA SOCIAL DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Aprendizaje cooperativo crítico

Mucho más que una eficaz técnica pedagógica

EDICIONES PIRÁMIDE

COLECCIÓN «PSICOLOGÍA»

Director:
Francisco J. Labrador
Catedrático de Modificación de Conducta
de la Universidad Complutense de Madrid

Edición en versión digital

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del copyright.

© Anastasio Ovejero Bernal, 2018
© Primera edición electrónica publicada por Ediciones Pirámide (Grupo Anaya, S. A.), 2018
Para cualquier información pueden dirigirse a piramide_legal@anaya.es
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Teléfono: 91 393 89 89
www.edicionespiramide.es
ISBN digital: 978-84-368-4016-2

A todas esas profesoras y profesores que, en plena hegemonía neoliberal, aún tienen el coraje de intentar cambiar la enseñanza tradicional, competitiva e individualista, y contribuir a construir una sociedad más cooperativa y más solidaria.

Índice

Introducción 13

1. La escuela frente a la hegemonía neoliberal 23

1. Introducción 23
2. En qué consiste el actual capitalismo neoliberal 25
3. Incremento de las desigualdades económicas y sociales 26
4. Igualdad/desigualdad, democracia y escuela 29
5. La construcción del sujeto neoliberal 30
6. El control neoliberal de la educación 33
7. Conclusión 36

2. La cooperación como rasgo esencial de la especie humana: antecedentes antropológicos 39

1. Introducción 39
2. Relación entre individuo y sociedad: la interacción social 41
3. La cooperación humana desde la psicología cultural 43
4. Antecedentes antropológicos 46
5. Conclusión 52

3. El aprendizaje cooperativo: definición, planteamiento general y antecedentes pedagógicos 55

1. Introducción 55
2. Necesitamos una educación adaptada a los cambios de los nuevos tiempos 57
3. Aprendizaje cooperativo: aclaraciones conceptuales y terminológicas 59
4. Aprendizaje cooperativo: definición y requisitos 62
5. Antecedentes pedagógicos 70
6. Conclusión 73

4. Cómo implementar el aprendizaje cooperativo en el aula 75

1. Introducción 75

© Ediciones Pirámide

2. Algunas consideraciones previas a la aplicación del aprendizaje cooperativo 77
3. Cómo implementar el aprendizaje cooperativo 80
4. Diferentes métodos de aprendizaje cooperativo 83
5. Conclusión 87

5. Eficacia escolar del aprendizaje cooperativo 89

1. Introducción 89
2. Efectos escolares cognitivos 90
3. Efectos escolares no cognitivos 94
4. Conclusión 104

6. Gestión de los conflictos escolares y prevención de la violencia en la escuela 107

1. Introducción 107
2. Eficacia del aprendizaje cooperativo en la gestión de los conflictos escolares 108
3. Aprendizaje cooperativo y prevención de la violencia escolar 111
4. El aprendizaje cooperativo como instrumento de prevención del acoso escolar 115
5. Conclusión 118

7. Aprendizaje cooperativo e integración escolar: la escuela inclusiva 119

1. Introducción 119
2. El concepto (ideológico) de raza 120
3. Integración escolar y escuela inclusiva: las relaciones intergrupales 124
4. El aprendizaje cooperativo como técnica eficaz para reducir el prejuicio, el racismo y la xenofobia 129
5. Conclusión 133

8. Aplicación y desarrollo de la Ley Brown sobre desegregación escolar .. 135

1. Introducción 135
2. Teoría del contacto 136
3. ¿Qué fue de la Ley Brown? 138
4. Desegregación, contacto y aprendizaje cooperativo 145
5. Conclusión 147

9. Fundamentos teóricos de la eficacia del aprendizaje cooperativo 151

1. Introducción 151
2. Bases psicosociales del aprendizaje cooperativo 152
3. Bases biológicas del aprendizaje cooperativo 155
4. Bases culturales del aprendizaje cooperativo 165
5. Conclusión 168

© Ediciones Pirámide

10. Aprendizaje cooperativo, más que una técnica pedagógica 169

1. Introducción 169
2. El aprendizaje cooperativo como solución a la eterna crisis de la educación 170
3. Aprendizaje cooperativo y enriquecimiento de la democracia 174
4. Por qué es tan eficaz el aprendizaje cooperativo 177
5. Cómo ayudar desde la escuela a construir una sociedad más cooperativa 178
6. Conclusiones a modo de resumen 180

Referencias bibliográficas 185

© Ediciones Pirámide

Introducción

«Lo único que le salva a la especie humana es la cooperación»

Bertrand Russell

Las sociedades humanas se basan ante todo en la cooperación. Sin ella no se hubiera podido formar ninguna sociedad por simple que fuera. Una «comunidad» de dos ya necesita mucha cooperación. En efecto, hasta las situaciones más sencillas, como entrar en una panadería a comprar una barra de pan, conllevan ya muchísima cooperación: la del panadero que amasó y coció el pan (probablemente lo hicieron varias personas cooperando, a su vez, entre ellas), la del transportista que lo llevó a la panadería, la del empleado que te lo sirve y te lo cobra, la del campesino que sembró y recolectó el trigo, la de quienes lo molieron y lo convirtieron en harina, la de los operarios que construyeron las máquinas con las que trabajó el campesino y con las que se hace el pan, etc. La especie humana se caracteriza precisamente por ser la más cooperativa que existe. Y ha sido esa capacidad de cooperación —y sobre todo de ayuda mutua— la que ha hecho posible que, sin ser el animal más fuerte ni el más veloz ni el más fiero, hayamos podido sobrevivir e incluso expandirnos por todo el planeta.

Ahora bien, aunque hemos conjuntado siempre cooperación y ayuda mutua, pronto fueron apareciendo personas poderosas que intentaron reducir nuestra capacidad de cooperación, reforzando cada vez más la competición entre los humanos, y eliminar paulatinamente la ayuda mutua y la solidaridad. Ello constituyó uno de los objetivos del Estado y después del capitalismo, hasta llegar a la actual fase neoliberal, en la que el individualismo, el egoísmo y la competición de todos contra todos está alcanzando unos niveles antes nunca vistos, como mostré en un libro anterior (Ovejero, 2014a). Por eso resulta imprescindible hoy día el fomento de la cooperación solidaria como forma eficaz de hacer frente a los efectos negativos del neoliberalismo, de sus políticas y de sus prácticas. Tales efectos están siendo tan dañinos para cientos de millones de personas que se hace ineludible transitar por los caminos de la cooperación y la solidaridad si no queremos caer en el abismo al que, si no cambian las cosas, estamos abocados. Además, no debemos olvidar que, como veremos más adelante, aunque ya nacemos con una predisposición biológica hacia la cooperación, esta la debemos aprender y entrenar, y la escuela es un lugar privilegiado para ello.

Visto lo necesario que resulta hoy día el fomento de la cooperación y la construcción de una sociedad más justa, más cooperativa y más soli-

© Ediciones Pirámide

daria, debemos preguntarnos si es posible enseñar a convivir cooperativa y solidariamente. En este libro pretendo dar una respuesta afirmativa, mostrando cómo la escuela sigue siendo una importante institución para conseguirlo. Y la mejor y más efectiva forma de actuar consiste justamente en implementar el aprendizaje cooperativo en las aulas, pero entendiendo con ello, como dice el título de este libro, mucho más que una técnica didáctica. Necesitamos unir a la cooperación otras dos cosas: un profundo pensamiento crítico y mucha solidaridad. Por consiguiente, este libro hablará de los efectos tan positivos que tiene el aprendizaje cooperativo y, como consecuencia de ello, de la necesidad de utilizar ese método de trabajo en las aulas, necesidad que no proviene solo de sus ventajas en el ámbito escolar. De hecho, en uno de los aspectos en los que más quiero insistir es en que las ventajas del aprendizaje cooperativo van mucho más allá de las escolares y afectan a la convivencia ciudadana, a la propia democracia, tan debilitada últimamente, y, en última instancia, a la sociedad que queremos construir. Porque, y esto es lo más importante que quiere transmitir este libro, *el aprendizaje cooperativo debe ser mucho más que una técnica pedagógica*. Como dicen Johnson, Johnson y Holubec (1999), «la cooperación es algo más que un método de enseñanza; es un cambio básico en la estructura organizativa que afecta a todos los aspectos de la vida en el aula» (p. 26)[1]. Yo creo que debe ir aún más allá y debe construir sujetos demócratas y críticos, capaces de entender el complejo mundo en que les ha tocado vivir y de interpretar los juegos de poder que los poderosos se traen entre manos y en los que está en juego la vida de las personas; de adquirir las competencias suficientes para defender sus intereses y hacerlo cooperando con los otros, porque esa es la única forma de conseguirlo; de exponerse a la acción de los medios de comunicación, sin ser manipulados por ellos; y, en fin, de alcanzar un nivel de desarrollo intelectual y crítico que les convierta en personas ilustradas, y que, por tanto, les importe más el ser que el tener. Solo con unos ciudadanos así se podrá construir una democracia real como la que exigían los miles y miles de jóvenes que tomaron las plazas españolas el 15-M.

[1] Una prueba clara de las diferencias que mantengo con David Johnson, que en esto no se aparta de la corriente hegemónica estadounidense, la expone él mismo cuando afirma que «el propósito de los grupos cooperativos, después de todo, es hacer de cada uno un individuo más fuerte» (Johnson, Johnson y Holubec, 1999, p. 79). Algo similar afirma en otro lugar, cuando dice directa y explícitamente que «el propósito de los grupos cooperativos es hacer que cada uno de sus integrantes sea un individuo más fuerte por sí mismo» (Johnson y Johnson, 1999a, p. 123). No se aleja mucho, pues, del darwinismo social. Por eso en sus escritos no hay ni una sola línea de crítica al neoliberalismo, a pesar de ser tan individualista y competitivo.

Objetivos del aprendizaje cooperativo

El aprendizaje cooperativo le permite al docente alcanzar varios objetivos al mismo tiempo (Johnson, Johnson y Holubec, 1999, p. 9): 1) elevar el rendimiento de *todos* los alumnos y alumnas, incluyendo a los que tienen distintas dificultades de aprendizaje; 2) mejorar las relaciones positivas interpersonales e intergrupales dentro del aula, por lo que constituye un instrumento esencial para educar en la diversidad y, por tanto, para construir escuelas inclusivas, y 3) les proporciona a los estudiantes las experiencias necesarias para lograr un saludable desarrollo social, psicológico y cognitivo. A estos objetivos, yo añadiría dos más, realmente cruciales: mejora las capacidades críticas del alumnado y es un instrumento indispensable para construir una sociedad democrática. La escuela debe concienciar al alumnado de su responsabilidad social y política, para que sea capaz de utilizar las habilidades que le da el aprendizaje cooperativo no solo para aprender más y mejor, sino para construir una sociedad más libre, más igualitaria y más solidaria. Porque tengamos presente que, resumiendo mucho, los efectos de la implementación del aprendizaje cooperativo en las aulas son básicamente los siguien-

© Ediciones Pirámide

tes: 1) a nivel individual, aumenta el rendimiento escolar, la motivación intrínseca, la capacidad de cooperación, etc.; 2) a nivel interpersonal y grupal, mejoran las relaciones entre los compañeros, aumenta la cohesión grupal, se reduce la violencia escolar, etc.; 3) a nivel organizacional, la participación de sus miembros mejora la toma de decisiones, incrementa la satisfacción organizacional, crece la responsabilidad, etc., y 4) a nivel social, todo lo anterior influye, en mayor o menor medida y a medio y a largo plazo, en una transformación positiva de la sociedad, haciéndola más democrática, más cooperativa y más solidaria.

¿Por qué un libro más sobre aprendizaje cooperativo? Qué pretende este libro

Cuando publiqué mi anterior libro sobre aprendizaje cooperativo (Ovejero, 1990), no había nada publicado en España sobre ese tema. Sin embargo, hoy día hay ya docenas de buenos libros y cientos de excelentes artículos. El lector se preguntará, entonces, que por qué y para qué un libro más. Pues bien, creo que la mayoría de los trabajos en nuestro país sobre aprendizaje cooperativo son muy «prácticos», son informes de experiencias reales de aprendizaje cooperativo, a menudo excelentes, o estudios que muestran las ventajas de la utilización de este método. Pero suelen faltar dos cosas fundamentales para entender la importancia del aprendizaje cooperativo hoy día: una fundamentación teórica, así como una contextualización adecuada, que no es otra que la hegemonía del mal llamado neoliberalismo. Y digo mal llamado porque, a mi modo de ver, poco tiene que ver con el liberalismo, que, como es sabido y como señala Juan Pablo Fusi en el *Diccionario de Sociológica* (Giner, Lamo y Torres, 1998, p. 434), es la filosofía política elaborada en los siglos XVIII y XIX, asociada a varios principios esenciales: libertad civil del individuo, libertades constitucionales y económicas, gobierno representativo y parlamentarismo, derechos de las minorías (raciales, religiosas, nacionales) y permisividad moral. El neoliberalismo, en cambio, es una rara mezcla de libertad económica y conservadurismo político y social, donde la única libertad que se tolera es la de los más ricos para ganar más y más dinero a costa de lo que sea, incluso de la libertad de los demás.

Además, creo que la razón para la publicación de este libro es que, al mostrar las bases psicológicas y biológicas de la eficacia del aprendizaje cooperativo, complementa muy adecuadamente a los libros que ya tenemos, escritos por españoles (Ovejero, 1990; Serrano y Calvo, 1994; Lobato, 1998; Mir, 1998; García, Traver y Candela, 2001; Monereo y Durán, 2002; Díaz Aguado, 2003, 2005; Pujolás, 2001, 2004, 2009; Aguiar y Breto, 2005; Ferreiro y Calderón, 2006; Prieto, 2007; Velázquez, 2010; Torrego, 2011; Gavilán y Alario, 2010; Torregro y Negro, 2012; Arnáiz y Linares, 2013; Mayordomo y Onrubia, 2015; Durán et al., 2016; Iglesias, González y Fernández-Río, 2017) o traducciones (Johnson y Johnson, 1999a, 2002a, 2014a; Johnson y Johnson y Holubec, 1999; Slavin, 1985, 1999).

En síntesis, la mayoría de los textos existentes hoy día en nuestro país sobre este tema suelen centrarse casi exclusivamente en cómo aplicar los métodos de aprendizaje cooperativo, como si los profesores fueran meros técnicos, cuando realmente son ingenieros y, por tanto, no deben conformarse con aplicar las técnicas, sino que también deben conocer sus fundamentos y las razones de su eficacia. Además, deben conocer asimismo los efectos que a corto y largo plazo tienen esos métodos, efectos que por fuerza son sociales, ideológicos y políticos, por lo que, parafraseando a Henri Giroux (1990), el aprendizaje cooperativo debe darle al profesorado la ocasión de convertirse en intelectuales, como, por otra parte, es inevitable. En consonancia con ello, este libro pretende hacer principalmente tres aportaciones: una adecuada contextualización, teniendo en cuenta que el contexto en que hoy día debe implementarse el aprendizaje cooperativo es la actual *hegemonía neoliberal;* una fundamentación teórica suficien-

© Ediciones Pirámide

te; y un carácter esencialmente crítico, en línea con la undécima *Tesis sobre Feuerbach* de Carlos Marx, según la cual «los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo». En este sentido, podríamos decir que lo que ha hecho la psicología social de la educación ha sido describir lo que pasa en la escuela, cuando lo que debe hacer es transformarla para cambiar la sociedad y mejorarla, pues es un lugar privilegiado para la transformación, para fomentar la cooperación y la solidaridad y para conseguir que las palabras igualdad, libertad y fraternidad sean más que meras palabras. Pero para ello debe enseñar a pensar críticamente y a practicar la libertad, la igualdad y la solidaridad, porque no olvidemos que si existe una ley de oro en educación es precisamente la que dice que los niños no hacen lo que les dicen que hagan, sino *lo que ven hacer.* Y para ello nada mejor que implementar en las aulas el aprendizaje cooperativo, pero un aprendizaje cooperativo que sea mucho más que una técnica pedagógica, que se base en una cooperación altruista y solidaria y que se fundamente en sólidos pilares teóricos. No olvidemos que teoría, investigación y práctica son los tres pilares fundamentales en los que se apoya la comprensión científica de los fenómenos que se quiere estudiar, estando los tres muy interrelacionados entre sí. Sin embargo, a menudo el excesivo predominio del empirismo, como consecuencia de la hegemonía positivista existente, ha hecho prevalecer los datos sobre la teoría. Ello es particularmente cierto en el campo del aprendizaje cooperativo, donde existe un llamativo y peligroso vacío teórico, que es precisamente una de las cosas que yo quisiera contribuir a subsanar con este libro. Y para ello me serán de gran utilidad autores como Piotr Kropotkin, Lev Vygotsky, Jerome Bruner, Paulo Freire, Henri Giroux Michael Tomasello o Giacomo Rizzolatti.

Como hace ya tiempo advirtiera James Baldwin (1979, p. 3), «tú escribes para cambiar el mundo aun sabiendo perfectamente que quizás esta vez no puedas conseguirlo, pero sabiendo también que ello es indispensable para el mundo. El mundo cambia de acuerdo con la forma en que la gente le ve, y si tu alteras, aunque sea solo un milímetro, la manera en que la gente mira la realidad, entonces sí puedes cambiarlo». Espero que este libro consiga cambiar, aunque solo sea ese milímetro, cómo ve la gente lo que está pasando realmente, que perciba cómo se han transformado radicalmente las relaciones de poder, tanto a nivel económico como a nivel social, como consecuencia de la profunda revolución neoliberal que están haciendo los más ricos y poderosos para conseguir que sus beneficios crezcan de forma abusiva a costa de todos los demás. Y espero que este libro contribuya también a que más profesores y profesoras implementen el aprendizaje cooperativo en sus aulas y, principalmente, a que lo hagan *con un sentido crítico y solidario*. Me gustaría igualmente que este libro contribuyera, siquiera mínimamente, a que el profesorado que ya está utilizando en sus aulas el aprendizaje cooperativo no se conforme con hacerlo de una manera técnica, siguiendo a la mayoría de los textos existentes sobre el tema, y se convenza de que el aprendizaje cooperativo debe ser *mucho más que una mera* técnica pedagógica, lo que hoy día es más importante que en el pasado porque nos hallamos en una *peligrosa coyuntura histórica,* pues, como puntualiza Giroux (2014, p. 141), «los intelectuales que están en contra de lo público dominan ahora la mayor parte del paisaje cultural».

Pero el problema no estriba solo en el surgimiento de un aparato cultural de derechas dedicado a preservar el poder y la riqueza de los ricos y de la élite empresarial, sino que es más profundo y más grave, pues, como no hace mucho escribía Z. Williams (2012) en *The Guardian,* la izquierda «no está captando el hecho de que la política es educativa, ni que la política está cambiando la forma en que la gente ve las cosas». Y la única forma de cambiar esta situación es que los profesores actúen como *intelectuales transformativos* (Giroux, 1990) y consigan que su alum-

© Ediciones Pirámide

nado aprenda a pensar críticamente y a trabajar por un mundo mejor. Ello puede alcanzarse con este método mejor que con otros. No olvidemos que uno de los deberes de la escuela, y particularmente de la educación superior, tendría que ser la construcción de auténticos ciudadanos, o sea, de sujetos libres e independientes, capaces de sostener y fomentar una *democracia real,* libre, justa, igualitaria y solidaria. Y ello exige unas relaciones interpersonales escolares cooperativas, igualitarias y solidarias, así como unas prácticas escolares también cooperativas, igualitarias y de apoyo mutuo. Lo que tenemos que decidir cada uno de los profesores y profesoras es qué tipo de educación escolar queremos tener: la que propone el neoliberalismo, que, además de elitista, potencia solo la preparación para el mercado laboral; o una educación para la libertad, la cooperación, la igualdad y la solidaridad que, además, actúe como pilar esencial de la democracia. Si preferimos la segunda, debemos construir en el aula unas relaciones entre estudiantes que faciliten esa cooperación y esa solidaridad. Y la forma más eficaz de conseguirlo es precisamente la implementación del aprendizaje cooperativo, como iremos viendo en este libro.

De otro lado, el estudio de las relaciones interpersonales en el aula no es algo nuevo: surgió hace ya mucho al constatar que la inteligencia y los factores cognitivos no explican más que una parte del rendimiento escolar (Backman y Secord, 1968) y que no eran solo factores individuales los que había que tener en cuenta, sino también —y seguramente más aún— otros como las expectativas del profesor, las relaciones profesor-alumno, el origen socioeconómico del alumnado, su nivel de aspiración y de motivación asociados a ese origen social, la integración en el grupo y sobre todo la aceptación o rechazo por parte de los compañeros. Tengamos presente asimismo que en la escuela los alumnos aprenden muchas cosas que no están en el currículum explícito, aprenden también «valores y normas destinados a producir "buenos" trabajadores industriales. Los estudiantes interiorizan valores que acentúan el respeto por la autoridad, la puntualidad, la limpieza, la docilidad y la conformidad. Lo que los estudiantes aprenden del contenido formalmente sancionado del currículum es mucho menos importante que lo que aprenden de los supuestos ideológicos» (Giroux y Penna, 1990, p. 72). Así, «el niño aprende que la profesora es la persona dotada de autoridad en el aula, pero que ella misma está subordinada a un director. De esta manera puede aprenderse la estructura de la sociedad al comprender la jerarquía de poder dentro de la estructura de la escuela» (Aronowitz, 1973, p. 75). Más aún, como dicen Giroux y Penna (1990, p. 78), «en lugar de preparar a los estudiantes para acceder a la sociedad con habilidades que les permitan reflexionar críticamente sobre el mundo e intervenir en él para transformarlo, las escuelas son fuerzas conservadoras que, en su inmensa mayoría, socializan a los estudiantes para que se adapten al *statu quo*».

Aunque la escuela no es la única institución cuya finalidad es moldear la visión que las personas tienen de la realidad, sí enseña profunda y sistemáticamente todo un conjunto de valores que orientan al alumnado en una u otra dirección. De ahí que Ivan Illich (1974) abogue abiertamente por la *desescolarización*. Sin embargo, yo pienso que, a pesar de que es cierto que la escuela está desempeñando un papel fundamental en la reproducción social y por tanto en el mantenimiento del *statu quo,* también lo es que posee muchas posibilidades de cambio social, aunque para ello necesitamos *otro tipo de educación*. Y es que incluso nuestra manera de ser y de comportarnos, las distintas formas de relacionarnos unos con otros, tanto a nivel interpersonal como a nivel grupal, e incluso nuestra propia personalidad, no son cuestiones meramente individuales, sino explícitamente psicosociales: son construidas socialmente. Como hace unos años escribiera Michael Apple (1996, p. 63), «lo que algo es, la función que tiene y el valor que uno le da no son cosas naturales, dadas, sino realidades socialmente

© Ediciones Pirámide

construidas. Este es el caso incluso cuando hablamos de las instituciones que organizan buena parte de nuestras vidas. Tomemos las escuelas, por ejemplo. Para algunos grupos de personas, la escolarización es un enorme aparato de democracia: abre horizontes, garantiza la movilidad, etc. Para otros, la realidad de la escolarización es algo totalmente distinto: es una forma de control social o, quizá, la encarnación de peligros culturales, de instituciones cuyos currículos y cuyas enseñanzas amenazan el universo moral de los estudiantes que asisten a ellas [...] A lo largo de las dos últimas décadas, se ha progresado mucho a propósito de la pregunta sobre quiénes son los que pueden imponer su conocimiento como el conocimiento socialmente legítimo en las escuelas». Pues bien, el aprendizaje cooperativo consigue con más facilidad que la enseñanza tradicional que la escuela sea para la mayoría de los niños y niñas una institución que enseña democracia y que entrena en usos democráticos.

Además, estamos viviendo un tiempo social caracterizado por grandes cambios y profundas transformaciones a todos los niveles, y la escuela debe adaptarse a ello. Ya en 1984 decía la UNESCO que «la idea de formar al hombre para el cambio debe convertirse en la idea esencial. Adaptarse al cambio ya no es suficiente. Toda formación debe permitir prever el cambio con el fin de orientarlo y dominarlo» (1990, p. 27). También la adaptación al cambio e incluso la prevención de este se consigue mejor con el aprendizaje cooperativo que con la enseñanza tradicional, entre otras cosas porque fomenta más la flexibilidad mental y la creatividad. Pero es que ahora nos encontramos en uno de los momentos de la historia en que más profundos y más acelerados son esos cambios de todo tipo: tecnológicos, culturales, económicos, sociales, políticos, etc. De ahí la importancia crucial de enseñar a niños y adolescentes a hacer frente eficazmente a tales cambios. Y la escuela puede y debe ser un lugar privilegiado para ello, sobre todo si utiliza el aprendizaje cooperativo. Más aún, habría que recordar también otros dos problemas actuales: la existencia de un enorme déficit democrático, dado que «las decisiones *más importantes* de la sociedad están fuera de las manos de las personas comunes» (Srnicek y Williams, 2016, p. 49), y el hecho de que, cuando algunas decisiones importantes sí están en nuestra mano, no sabemos cómo tomarlas y cómo gestionar adecuadamente los problemas, como ocurrió en algunos interesantes movimientos sociales como *Occupy* (véase Srnicek y Williams, 2016) o incluso en nuestro 15-M (véase Ibáñez, 1917; Ovejero, 2013b). Necesitamos tener una serie de habilidades sociales, entre las que destacan la capacidad de cooperar y gestionar constructivamente los conflictos. Y las dos se aprenden mejor si desde edad temprana niños y niñas son entrenados en técnicas de aprendizaje cooperativo.

El aprendizaje cooperativo, en definitiva, es un método más eficaz que la enseñanza tradicional para formar ciudadanos libres, independientes y críticos y, por tanto, para que la escuela pueda contribuir a hacer una sociedad mejor. En todo caso, no sería raro que, ya al leer esta introducción, algunos lectores de este libro, sobre todo jóvenes, piensen que su autor es una persona trasnochada porque, a estas alturas del siglo XXI, aún habla de cosas propias del siglo XIX, como son la libertad, la igualdad y la solidaridad, así como de la necesidad de enseñar a pensar críticamente. Y, sin embargo, pienso que se trata de aspectos centrales no solo en toda sociedad que pretenda ser realmente democrática, sino incluso en toda sociedad que no quiera caer en el abismo y despeñarse irremisiblemente: si no existe una comunidad cooperativa y solidaria donde se socialicen adecuadamente niños y adolescentes, la sociedad pronto dejará de tener metas comunes y no alcanzará la cohesión social suficiente para no desintegrarse. Por tanto, creo que hablar de libertad, de cooperación y de solidaridad no solo no es algo trasnochado, sino que tal vez sea algo más actual y más necesario que nunca. Pero es que los poderosos han sido muy hábiles a la hora de im-

© Ediciones Pirámide

poner sus intereses, de forma que en primer lugar han conseguido que la ciudadanía haya internalizado la ideología y los valores que les interesa a ellos, y entre tales valores no está el pensamiento crítico y mucho menos la solidaridad.

También Jerome Bruner (2012/1979) concebía las escuelas como lugares no solo para la instrucción, sino también para aprender la identidad y el trabajo mutuo, donde «ser innatamente bueno en algo implica, entre otras cosas, ayudar a otros a mejorar en ese aspecto» (p. 202). Por tanto, subraya Bruner, «lo único que quiero dejar claro es que lo que se necesita en América —como en la mayoría de los países del mundo desarrollado— no es sencillamente una renovación de las habilidades que hacen de un país un mejor competidor en los mercados mundiales, sino una renovación y reconsideración de lo que he llamado "la cultura escolar". He intentado caracterizar la nueva idea como la creación de comunidades de aprendices. Sobre la base de lo que hemos aprendido en los años recientes sobre el aprendizaje humano —que funciona óptimamente cuando es participativo, proactivo, comunal, colaborativo y entregado a construir significados más que a recibirlos— está claro que incluso se nos da mejor enseñar ciencias, matemáticas e idiomas en tales escuelas que en las tradicionales» (2012/1979, p. 104).

Pero para hacer un análisis global y a la vez profundo de la escuela actual, nos será de gran utilidad recordar una de las trampas que nos dejó la Ilustración y que desde entonces no ha hecho sino reforzarse. Me refiero a la idea de que la educación es liberadora por sí misma. Y no es así. De hecho, si los ilustrados levantaran la cabeza y vieran nuestra situación actual, se revolverían en sus tumbas, pues, desgraciadamente, no se están cumpliendo en absoluto sus predicciones. Ellos creían que se alcanzaría la sociedad perfecta cuando la educación se extendiera a toda la población y cuando la ciencia manejara los hilos de la sociedad. En Europa, pero también en gran parte del resto del mundo (Japón, Cuba, Australia, Canadá, EE.UU., etc.), están escolarizados todos los niños y niñas hasta los dieciséis años, y millones de ellos siguen estudiando hasta los 23 o los 25 años. En cuanto a la ciencia y la tecnología científica, su presencia en nuestras vidas es continua, y con una eficiencia que jamás soñaron los propios ilustrados: tecnología aplicada a la cirugía médica, ordenadores, robots, telefonía móvil, aviación, etc. Y, sin embargo, no se ha reducido la violencia, los conflictos interpersonales e intergrupales son incluso más frecuentes que antes, la explotación laboral no ha cesado, las desigualdades son mayores que nunca, etc. Por tanto, educación sí, pero no cualquier educación. Hay una educación liberadora, y que está al servicio del alumnado, y hay una educación esclavizadora, que está al servicio de los poderosos y lo único que pretende es hacer a los educandos más productivos para el sistema, por lo que pretende construir unos ciudadanos dóciles y unos trabajadores sumisos. Y esa educación es justamente la que impera hoy día en nuestros centros escolares. Pero lo peor es que resulta difícil hacer otra cosa, pues el propio alumnado, al menos en la universidad, ha sido previamente ganado por el frente neoliberal, de forma que gran parte de ellos son ya sujetos neoliberales que perciben que sus intereses son los mismos que los de los más ricos; han internalizado la ideología neoliberal (véase Ovejero, 2014a, 2017a).

La educación, pues, no es en sí misma liberadora. Depende de quién la utilice y con qué fines. Según Freire, no se puede hablar de educación a secas, sino de «educación para qué, educación en favor de quién, educación contra qué». La educación puede ser liberadora, pero también puede ser manipuladora y domesticadora. Y la opción que propone este libro es la implementación escolar del *aprendizaje cooperativo crítico,* «técnica» que le da al alumnado un protagonismo en su propio aprendizaje y en su formación que no le da la enseñanza tradicional. Como señala Henry Giroux (1990, p. 204), «el aula es vista tradicionalmente como un lugar donde se transmite información a los estudiantes. Especialistas en una disciplina im-

© Ediciones Pirámide

parten a aprendices el conocimiento recibido acerca de una materia particular; en este proceso los estudiantes no desempeñan una parte activa, sino que son receptores pasivos y abiertamente acríticos. Sin embargo, como ya hemos sostenido antes, si a los estudiantes les concedemos un papel activo en el proceso de formación cultural, esos mismos estudiantes pueden convertirse en agentes de la producción de prácticas sociales [...] es necesaria una pedagogía crítica que promueva la identificación y el análisis de los intereses ideológicos subyacentes que están en juego en el texto y en las lecturas que se hagan del mismo». Por tanto, como puntualiza Bruner, «ni la escuela ni la educación pueden entenderse ya como meros vehículos de transmisión de habilidades básicas que se requieren para ganarse la vida o para mantener la competitividad económica de los respectivos países [...] La tarea central (de la escuela) es crear un mundo que dé significado a nuestras vidas, a nuestros actos, a nuestras relaciones. Vivimos juntos en una cultura, compartiendo formas de pensar, de sentir, de relacionarnos. Del mismo modo que aprendemos a trabajar juntos, tenemos que aprender a aprender de los otros, a compartir los esfuerzos para comprender el mundo personal, social y natural. El objetivo de la educación es ayudarnos a encontrar nuestro camino en nuestra cultura, a comprenderla en sus complejidades y contradicciones» (2012, p. 12). Y añade Bruner (pp. 17-18): «Hay que compartir mutuamente conocimientos e ideas, ofrecerse ayuda mutua en el dominio del material, división del trabajo e intercambio de papeles, oportunidades para reflexionar sobre las actividades del grupo». Si queremos una educación realmente emancipadora debemos evitar concentrar nuestro interés «exclusivamente en el micronivel de la enseñanza, en los estudios de la interacción en el aula» (Giroux y Penna, 1990, p. 69): debemos ir más allá y ser capaces de entender la faceta política de la educación escolar.

En síntesis, existe un alto consenso en que, al menos en las sociedades democráticas, la escuela debe ser un instrumento de cohesión social y de integración democrática. Por ello, su función no tiene que ser solo la de enseñanza-aprendizaje, sino que también debe abarcar otras relacionadas con el proceso de socialización, con el fomento del pensamiento crítico y con la enseñanza de valores como la tolerancia hacia quienes son diferentes y hacia los que piensan de forma distinta, contribuyendo con ello a la reducción de las conductas excluyentes, hostiles y violentas y a la facilitación de comportamientos de amistad. Y también para esto el aprendizaje cooperativo es una herramienta eficaz. Por eso, porque fomenta el pensamiento crítico, la tolerancia y la solidaridad, el aprendizaje cooperativo es algo subversivo. Y lo es más aún si tenemos en cuenta que beneficia sobre todo a los alumnos de clase más baja y a las mujeres.

La idea básica y principal que pretende transmitir este libro es que si la especie humana pudo sobrevivir a tantos avatares que se cruzaron en su ya larga historia fue gracias a la cooperación, al altruismo, a la ayuda mutua y a la solidaridad. Y será el individualismo, el egoísmo y la competición lo que, de seguir la trayectoria que llevamos, terminará con nuestra especie. Si queremos evitarlo, no tenemos otro camino que el de volver al apoyo mutuo y a la cooperación. Y el aprendizaje cooperativo es un instrumento altamente eficaz para ese propósito, sobre todo si no lo utilizamos solo para apuntalar el sistema competitivo e incluimos en él un componente de crítica y deseo de transformación social: lo que necesitamos es un aprendizaje cooperativo que no sea solo un método pedagógico para que nuestros alumnos y alumnas aprendan más y mejor. Ello es de gran utilidad. Pero necesitamos algo más, necesitamos que sea un camino para construir una sociedad más cooperativa y solidaria. Pues de poco serviría una implementación escolar del aprendizaje cooperativo si, al terminar sus estudios, los alumnos se insertaran en una sociedad profundamente individualista y ferozmente competitiva.

En conclusión, este libro tiene un *objetivo general,* que es un *análisis teórico* exhaustivo del aprendizaje cooperativo, por lo que se centrará

© Ediciones Pirámide

muy especialmente en sus fundamentos biológicos, antropológicos y psicosociales, y cuatro *objetivos más concretos:* 1) analizar la utilidad de la implementación del aprendizaje cooperativo en las aulas dentro de su contexto actual, que es el de la hegemonía neoliberal; 2) mantener una perspectiva esencialmente crítica, para lo que utilizaré mucho las reflexiones de pedagogos como Paulo Freire, Peter McLaren y, sobre todo, Henry Giroux; 3) insistir en las bases teóricas en las que se sustentan los abundantes datos empíricos ya existentes en este campo, y 4) presentar datos actuales obtenidos en los diferentes campos para los que está siendo eficaz el aprendizaje cooperativo: rendimiento académico, motivación escolar, violencia escolar, cohesión de grupo, etc.

© Ediciones Pirámide